

Los salineros de Poza de la Sal: un oficio duro y hermoso

FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ, OCD
Cronista Oficial de la Provincia de Burgos

En Poza nunca regalaron la sal. Pienso que en Torrevieja tampoco la regalaron. Se gastaban demasiadas energías en la obtención de la sal que no se consentía arriesgar su valor con la posible frivolidad de arbitrarios regalos. Dedico estas líneas a cuantos ejercieron y ejercen el noble y esforzado mester de salineros en Torrevieja en pro de su comunidad y de sí mismos. No se trata de saber quien trabajó más y quien menos. Se trata de conocer cómo se satisfizo la demanda de un producto sin el cual el hombre viviría con mayor estrechez y con más acoso.

LOS SALINEROS DE POZA

Si algún pueblo puede y debe sentirse agradecido a su apellido, éste es POZA. Si algún nombre expresa cabal y justamente al sujeto que lo usa y luce, ése es POZA DE LA SAL. No se pudo inventar para esta villa otro nombre que mejor explique la razón histórica de su existencia.

POZA DE LA SAL es la expresión toponímica que sirve de homenaje y de pago de la deuda que el hombre tiene con la naturaleza por el inmenso favor de la sal. Esta ha añadido su sabor a los alimentos del hombre, así como su conservación. La sal ha resultado y resulta imprescindible en muchas industrias: ha servido como signo monetario y ha originado la palabra SALARIO. Ha sido también el símbolo de las cóleras regias, pues sólo los monarcas podían sembrar de sal los campos y solares de sus enemigos.

Este Salero es, en principio, uno de los puntos geográficos más interesantes de nuestro planeta. Bajo él late una de las más esforzadas y hermosas aventuras del hombre. Bajo la costra atormentada del Salero se guarda escrita una de las páginas más heroicas del empeño del hombre por arrancar a la tierra madre sus tesoros a cambio de vidas y de quebrantos de las saludes. En este Salero se inventó y practicó un duro sistema de extracción minera que exigía cuerpos enjutos y recios. En otras partes, como en Salinas de Añana o en Salinas del Rosío, ambas cercanas a Poza, no era preciso convertir al salinero en zapador;

la sal afloraba con el agua manantía; en Poza había que inyectar el agua dulce, seguirla bajo tierra y extraerla salobre, convertida en muera.

Retrocedamos con la imaginación 200 millones de años, y aún más. ¡Ya! ¿Qué vemos? Que nos hallamos en la segunda edad de la Tierra y que estamos a la orilla de un mar salado. Corren los años por millones y comprobamos de la mano del profesor Keuper que el fondo de ese mar se está llenando de materiales que arrastran los ríos y también de sal y de yeso que se precipitan desde el agua por la alta temperatura de ésta.

Sobre esa primera capa, que tiene ya un grosor de medio kilómetro siguen cayendo materiales. Continúan los cataclismos y otras aguas cubren los antiguos fondos con sus arrastres de tierra. La sal queda más oculta en las profundidades. Pero ahora comienza a actuar un fenómeno curioso basado en la menor densidad de la sal frente a los elementos que la oprimen y que crea un movimiento ascendente de la sal que arrastra a las arcillas y rocas que había en ella. A este fenómeno se le llama DIAPIRO y que es parecido, en comparación facilona, a lo que le sucede en un vaso de aceite cuando le añadimos agua: el aceite acude a la parte superior. Esto ocurrió ya en la época terciaria de la Tierra. Cuando aparezca, el hombre no tendrá dificultad para averiguar que pisa sobre un campo de sal.

¿Cuándo comenzó en el diapiro pozano la explotación de la sal? Sigamos en el túnel del tiempo e imaginemos la sorpresa del hombre más primitivo cuando al querer calmar su sed y recoger agua de esta Torca con la muela de sus manos, advirtió en la boca que el agua estaba salada. Desde este momento, el interés humano se clavó en el Salero y las tribus errantes acudían periódicamente a recoger la sal coagulada al lado de los charcos y de las fuentes. Al crecer la demanda, ya no era suficiente la muera salida por propio impulso de la tierra y se impuso la necesidad de extraerla desde los veinte o treinta metros bajo los que se hallaba el filón de la sal. Comenzaba una original técnica de extracción.

Durante el Imperio romano, la explotación salinera creció y se tendieron puentes y caminos para su comercialización. Creo que fue entonces cuando se ultimó el proceso peculiar y durísimo de la obtención de la sal que ha durado hasta nuestros días.

Toda vez que la sal no podía conseguirse por manantía suficiente de muera, ni excavación a cielo abierto, ni por galerías secas, ya que el mineral aparecía mezclado con otros elementos, los primitivos pozanos comenzaron su discurso inyectando agua dulce al Salero. Para ello prepararon en el nivel más alto tres albercas rectangulares en las que se recogía el agua de varias fuentes y de la lluvia. Luego, gradual-

mente perforaron las cañas, que eran unos pozos cuadrados, protegidos por ripias por los que se llegaba hasta la masa de sal. Las cañas permitían construir de unas a otras unas galerías con cierta pendiente, a las que se protegía de los desprendimientos con la fagina. El agua dulce se acebaba por la caña más alta y corría galería abajo impregnándose de sal. La lengua del agua lamía con suavidad y lentitud la roca salina hasta convertirse en muera de 21 y más grados y verterse en el alberque, desde el que se distribuía hacia los pozos de las granjas, con meticuloso reparto, consignado en el Cuaderno de Adras.

Las cañas remataban en unas casetas en las que se había instalado un torno, de madera naturalmente, pues la sal corroe los metales. En todo el Salero no se empleaba ni un clavo, por lo que el ensamblaje de las vigas, tablas, canales, etc. es de una sorprendente habilidad. Por la caña descendían los mineros, siempre dos, a las galerías cuando había que esbarrarlas, es decir, retirar la tierra de los hundimientos y colocar la fagina. El trabajo era peligrosísimo por los posibles desprendimientos, la asfixia y la humedad; se realizaba en turnos abreviados y mientras uno trabajaba, otro esperaba en la base de la caña con una luz de tea o de carburo. Sin embargo, más de un pozano yace bajo los pliegues del Salero, víctima de lo heroico de su labor.

El torno servía también para extraer la muera cuando por cualquier circunstancia no afluía por su inercia. En este caso se colocaba una maroma y a sus extremos sendos pellejos, de cabra precisamente; con el movimiento de las gangas un pellejo bajaba vacío y otro ascendía lleno de líquido que llegaba al alberque a través de un desbarciadero.

Los pozos podían recoger hasta 75 m.³ de muera. Se los impermeabilizaba con una capa de arcilla hidratada, protegida por una pared de mampostería sin argamasa. El pozo, además de acercar la muera a las eras, favorecía la evaporización y, por tanto, aumentaba la salinidad. Las mismas eras cubrían, a veces, tales pozos, y así los defendían de las lluvias. En la época de mayor actividad pudo haber hasta 600 pozos, lo que supone una reserva de 45.000 m.³ de muera.

Para vaciarlos durante la cosecha, que solía empezar a primeros de junio, el salinero había instalado al borde del mismo un artilugio sencillo y tosco que aquí llamaban pingoste y en otras partes "cigüeña". Con simples movimientos, subía y bajaba la baranda del pingoste, contrapesando con una piedra. Un pellejo de cabra, siempre abierto en su boca con un aro de avellano, recogía unos 14 litros de muera que eran vertidos en un desbarciadero para correr hasta el arquetón de cada era. Bien podemos imaginar el

concierto de los 600 pingostes con sus peculiares chirridos en la concavidad del valle.

Las eras cumplían la labor técnica de los cristalizadores. No era fácil construir eras lisas y cuadradas en el Salero pozano, supuesta la oblicuidad del valle. Con estructuras de maderas se armaban los que decían chozas y chozones, sobre los cuales se preparaba la era con arcilla y tierra, otra arcilla especial que se sobreponía y compactaba el suelo.

Antes que comenzara el verano, en la raya del día, el salinero aguardaba la salida del sol, firme junto al arquetón y con la regadera en la mano.

Enseguida comenzaba un ritmo nuevo, distinto del de los gangas del torno o de la baranda del pingoste. Ahora se trataba de lanzar la muera a lo alto con un movimiento giratorio y ascendente que hiciera desparramar el líquido en finas gotas sobre la era. Se pedía al aire y al sol que separaran el agua y la sal y que ésta cuajara en menudos cristales. Poco a poco el suelo de la era comenzaba a albear y a compararse con una nevada mágica. El salinero, enardecido por el prodigio y por sus propias canciones, seguía braceando hasta vaciar una docena de veces el arquetón de muera y hasta que el sol se doblaba hacia el suelo de la paramera.

Se recogía luego la sal con los rodillos y se empujaba por la piquera a la choza donde permanecía hasta la entrada del otoño. Durante casi cuatro meses sobre el cielo de Poza había brillado la blanca luz de la sal. Había sido una recreación para los ojos la contemplación del amplio circo, cuadriculado por más de 2.000 eras en escalas puras y ascendentes; había sido un placer para los oídos el acordado ritmo del trabajo y el gorgoteo de la muera en los canales; el olfato y el gusto se henchían con el aire salobre y hasta el tacto había sentido la suavidad de la sal de los espumeros.

A partir de este momento el salinero se despedía de su fatigoso producto que caía bajo la inquisidora mirada de la burocracia, de los arrieros y de los mercaderes. Porque es de advertir que durante tres siglos de su larga historia la sal fue un producto estancado, incluido en la propiedad del Estado, que controlaba su producción, venta y circulación. El estancamiento de la sal fue decisión de Felipe II en 1564 que añadió este monopolio a los del azufre, mercurio y algunos otros.

La suprema autoridad la ostentaba en Poza el Administrador Jefe de Salinas, de nombramiento real, y bajo cuya responsabilidad, además de Poza, se incluían los manantiales de Rosío, Añana, Herrera y Bu-

radón. Si grande era su responsabilidad, también lo era su sueldo: en 1750, aparte de otros gajes, percibía 6.600 reales de vellón, 55 veces más que un salinero durante la temporada.

Al Administrador Jefe seguía en rango el Inspector o Interventor que vigilaba los movimientos de la sal y registraba su entrada y salida. El papeleo administrativo correspondía a un Secretario. Había otros dos oficios imprescindibles: el de Guardacaños y el del Práctico. El primero analizaba la calidad de la muera y repartía la cantidad; para lo primero se servía de un pesasales y la muera con menos de 17 grados se arrojaba a la torca. Para lo segundo consultaba el Cuaderno de Adras en el que constaban los derechos de cada uno de los propietarios. El Práctico era un resumen de ingeniero de minas, de canales y de industria; el jefe técnico de la explotación.

La burocracia continuaba con el Guadalmacén, síncopa de Guarda de Almacén, cuya misión era tan clara como las del Pesador y Llenador, así como la de los mozos, que eran varios en cada uno de los almacenes. La evitación del contrabando y de otros abusos obligaba a mantener en Poza a cierto número de individuos armados, que servían a pie y a caballo a las órdenes de un Cabo; en verano se reforzaba a estos 12 hombres con otros temporeros.

Con los últimos días del verano el Salero comenzaba a languidecer y se suspendía la extracción de sal. En las chozas se apilaba la última cosecha. Aquel montón de blancura era la esperanza del salinero propietario.

Para él, como para sus vecinos labradores, la cosecha nunca era del todo buena; si el verano había sido fresco y húmedo, la sal resultaba menguada; si el verano había sido avaro de lluvias y generoso en vientos solanos la cosecha resultaría abundante. En 1851 se recogieron en Poza 124.658 fanegas de sal (6.856.190 kilos); al año siguiente, y con el mismo empeño, sólo entraron en los almacenes 54.069 fanegas (2.973.795 kilos). La producción de cada era podía oscilar entre 25 y 60 fanegas de 55 kilogramos.

La sal pasaba de las manos particulares a las del Estado mediante el entroje, es decir, su traslado, peso y recepción en los almacenes de la Real Hacienda. El Práctico recorría las chozas y tras ver y palpar la sal la declaraba apta o no apta para el consumo; luego, de acuerdo con los interesados, señalaba el día en que se abría al peso.

Ahora el Salero se convertía en un laberinto de senderos recorridos por hormigas gigantes, que tal parecían desde el pueblo las reatas de mulas y de asnos que transportaban las sacas con dos fanegas de

mercancías en sus lomos. Las fanegas que se entregaban eran a "pala cargada", es decir, de 112 libras, y conviene que el visitante no olvide este dato.

El más antiguo de los almacenes era el llamado Depósito, situado sobre la carretera al final del poblado. Es un edificio de 50 metros de largo por 10 de ancho, con dos puertas de descarga en su parte posterior; la sal caía sobre los suelos hasta recoger 26.000 fanegas que se traducen en 1.339.520 kilos. La subida de la sal se operaba por la puerta principal, al Oeste, y por otra complementaria situada en el lienzo del Norte. Sobre la puerta principal había habitaciones y oficinas.

Carretera adelante, en la intersección del camino de la Nava, vemos el almacén de Trascastro. Su superficie de almacenamiento era de unos 1.100 metros en la que se podían amontonar 65.000 fanegas o 3.348.800 kilogramos de sal. Para facilitar el entroje, dada la adversidad del suelo, construyeron una rampa de 70 metros de larga por seis de ancha por la que ascendían las recuas para verter el contenido de las sacas desde unos ocho metros de altura. Este almacén se subdividía en dos y disponía de una amplia entrada, de un patio y de viviendas para los funcionarios. Se previeron unos firmes contrafuertes para contener el deslizamiento del terreno.

El almacén de mayor capacidad era el de la Magdalena, situado en un paraje de hermosas vistas y abundantes aguas, al otro lado del Castellar; podía contener hasta 125.000 fanegas (6.440.000 Kgs.) y en su explanada podían aguardar el turno hasta 500 carros. Fue un edificio robusto y de valiente techumbre con un solo tejado a dos aguas. Su originalidad consistía en una pasarela por la que desfilaba el ganado para arrojar su carga. Al lado de este almacén alzan su voz las ruinas de la ermita de Santa María Magdalena, patrona de los salineros, y muy cerca mana la que dicen Fuente Villa. Como puede apreciarse, la capacidad de almacenamiento del Salero pozano alcanzaba las 216.000 fanegas que en el sistema decimal con hoy medimos serían más de 11.000 toneladas.

¿Qué beneficio proporcionaba a los pozanos su celebrado Salero? Recordemos que en primer lugar a los menos favorecidos, a los asalariados, que en 1750, y proporcionalmente así ocurrió siempre, percibían por temporada (junio-septiembre) 120 reales. El número de éstos obreros corría entre 200/300 y, por tanto, su masa salarial oscilaba sobre los 30.000 reales. Poco dinero para tanto esfuerzo, y así lo reconocen algunos documentos; de ahí, el acudir a otras faenas, entre ellas desgraciadamente la adulteración de la sal y el contrabando. El cronista aún pudo escuchar del último salinero a jornal, don Máximo Ruiz, que en

sus mocedades, allá en los felices años 20, recibía una peseta y una hogaza de cinco libras, casi dos kilos y medio de pan, por trabajar desde la salida del sol hasta su ocaso.

El mayor beneficiario era la Real Hacienda, cuya ganancia se calculaba en 1704 en 200.000 ducados. Sin embargo, no concluía aquí la cadena de los gananciosos o de quienes vivían de la sal, desde quienes cada año vendían en Poza cantidades importantes de diversas mueras hasta quienes en el último alfolí la vendían al público.

En el entremedio de la comercialización había un tipo que afectaba por entero a la condición pozana: el ARRIERO. En la villa había dos clases de arrieros: lo que se dedicaban exclusivamente al transporte desde el Salero a los alfolíes y los que trajinaban con sal o sin ella desde algunos puertos del Cantábrico hasta Madrid; el puerto preferido era el de Bilbao. Había un pequeño grupo de "asistentes a serranos" que servían a los arrieros serranos que venían a Poza a recoger sal.

Estos arrieros se acercaban a los almacenes donde ya tenían los pedidos de los alfolíes y se cumplían una serie de formalidades tendentes a evitar cualquier abuso. El Guardalmacén entregaba la sal medida en "fanegas de rodillo" o "Pote de Ávila", que contenía solamente 90 libras, con lo que la Administración retenía para sí un beneficio inicial de 22 libras que representaba el 20% de las cosechas.

Cumplidas todas las diligencias, los arrieros salían de inmediato a sus destinos, donde un administrador oficial les recogería la mercancía que él reenviaba a los toldos de venta. La sal tenía un precio fijo de venta que, a finales del siglo XVIII, era de 25 reales la fanega, todos los impuestos incluidos, menos el porte que se cargaba con 13 maravedises por legua. Así, una fanega de sal de Poza vendida en Burgos, a ocho leguas de distancia, valía 28 reales y dos maravedises, y vendida en Salamanca, a 50 leguas de distancia, costaba 40 reales y cuatro maravedises. Con algunas variantes, Poza suministraba sal a todo el viejo reino de León y a Castilla Vieja. El alfolí más lejano era el de Ciudad Rodrigo, a 62 leguas, y adonde la sal tenía el precio más alto, 44 reales y 24 maravedises la fanega.